

## INTRODUCCION.

### LECCION PRIMERA

SEÑORES :

Al comenzar de nuevo en esta noche mis lecciones cortadas por larga interrupcion, mucho mayor de lo que consentia mi deseo de tornar á ver este ilustrado público, pido con más razon que nunca la benevolencia del público, pues si en un momento de arrojó ó de ceguera pude emprender esta obra, hoy que veo los obstáculos y mido las dificultades, siento decaer mis fuerzas y toco ya en los últimos límites de la desconfianza y del desaliento. Sin embargo, cuando veo la inmensa trascendencia del asunto encomendado á mi criterio; un mundo que muere y otro mundo que nace; altares adorados por la humanidad deshechos en el rio de los tiempos, heridos por el rayo del cielo; la gran lira clásica estallando de dolor,



rotas sus cuerdas, extinguida su voz, como los últimos gemidos de un corazón que se apaga; la raza heleno-latina dueña del mundo, artífice de la civilización, interrumpida en su obra por las irrupciones de los pueblos bárbaros, atada vilmente á su propio carro por las manos de sus esclavos; el genio de Oriente, genio poético, mago, fantástico, uniéndose al genio práctico de Grecia para desvanecerse unidos como el humo de un holocausto; la primera luz del Cristianismo, apareciendo por los últimos límites de este desolado horizonte; los circos poblados, no de fieras, sino de mártires; los desiertos de eremitas, las calles de apóstoles; la tribuna romana rota por la espada de los emperadores, exhalando la voz de los apolo-gistas y los doctores cristianos; cuando veo dibujarse á mis ojos este cuadro, si bien me desalienta su extensión y su variedad, me anima pensar que delante de los hechos, de los grandes hechos que vamos á contemplar, sentiremos la providencia de Dios que nunca se aparta del mundo, y la eficacia divina de ese gran principio, ingénito á nuestro sér, atributo de nuestra alma, de ese eterno protagonista en la naturaleza y en la sociedad del principio de libertad, que llena como luz sin ocaso desde las primeras hasta las últimas páginas de la humana historia. (Aplausos.)

En todas estas lecciones nos proponemos un fin práctico, positivo, tangible, para evitar procelo-

sos escollos y ocurrir á gravísimos males, y así como en el año anterior, cuando una escuela arrogante, en todo el apogeo de su mentido poder, de su falsa gloria, amenazaba arrancarnos nuestra libertad y nuestro derecho, y para conseguirlo se refugiaba en el sentimiento religioso, último asilo de los penates de los pueblos, y nosotros la arrojábamos de aquel reducto mostrando que el Cristianismo y la noción de libertad descendieron á un tiempo del cielo y se dilataron, merced á un mismo sacrificio, por la tierra; así como en el año anterior, rendimos este servicio á la causa de la libertad de nuestra patria, hoy, que nuestro mal toma un aspecto más grave y más profundo; hoy, que la duda cae sobre tantas inteligencias y el interés domina tantos corazones; hoy, que hombres encanecidos en el servicio de grandes causas, las abandonan por seguir á un ídolo sin espíritu y sin nombre, debemos abrir las páginas del martirologio cristiano, ver al débil niño, á la pobre mujer, al vacilante anciano, triunfando en el potro, en el tormento, en la hoguera; para enseñar así á esos hombres que sacrifican á su vida de hoy su vida de todos los tiempos, que la duda y la apostasía nunca han tenido mártires, y que la fé en las grandes ideas religiosas, políticas y sociales, ha hecho todos los milagros y ha obrado todas las maravillas que nos admiran en la tierra. (Ruidosos y prolongados aplausos.)



Yo no lo siento por esos hombres que se van, columnas destrozadas de templos que se arruinan; piedras caídas de altares que se deshacen; no lo siento por ellos, aunque me lastima que manchen los títulos que tienen al agradecimiento de los pueblos; esta confusión moral me duele por la juventud; porque si la edad de las grandes pasiones, de la generosidad; la edad, que siente rebotar la vida en su seno y atrae á su imaginación todas las ilusiones; esa edad, en que el hombre ama el sacrificio, porque ve su ser dilatarse en horizontes infinitos; esa edad del amor, de la fé, en que el corazón late de entusiasmo y la idea como el águila se cierne en los espacios más allá de las nubes; como en pos de que el aliento de las tempestades agite sus alas y acompañe sus cánticos; si esa edad feliz, se entrega también al descreimiento y á la duda, si se consume en la impotencia, si no ama la libertad y el progreso, es necesario renunciar al último reflejo de la vida, á la esperanza, y caer en el marasmo y en la duda; muerte pavorosa y terrible, más terrible y pavorosa que la descomposición de nuestro cuerpo, señores; por que es la muerte de la conciencia, la triste muerte del alma. (Aplausos.)

La ciencia, que nos anuncia el porvenir; la historia, que nos señala los grandes y extraordinarios esfuerzos que los hombres han empleado para llegar á la libertad; el recuerdo de las catás-

trofes por que ha pasado la especie humana; la vista de ese largo camino sembrado de abrojos que el hombre ha pisado, camino en que le ha sostenido siempre la esperanza de llegar á la tierra prometida, que se esconde como una estrella indecisa en el fondo de todos los tiempos, en las tinieblas de todos los siglos; la seguridad de que nada ha habido durable y fuerte en la tierra, sino aquello que se ha cimentado en el bien universal de la especie humana; el ruido de las cadenas que se quiebran y se pulverizan á cada paso que dá el hombre para llegar á su fin, que es realizar su naturaleza en verdad, bondad y hermosura sobre la tierra; todas estas ideas, todos estos sentimientos, que se desprenden de las páginas de la historia y del estudio de nuestra conciencia, pueden servirnos como de preservativo para los males presentes, como de guía para acercarnos resueltamente á lo porvenir, seguros de que en su seno se ha de encontrar la libertad y la justicia, que nos recuerda la eterna presencia de Dios en la naturaleza y en la historia. El estudio de la ciencia histórica es muy idóneo para nuestro carácter. La raza latina, hija de aquellas razas que divinizaron la naturaleza, como en prueba de que habia de ser siempre suyo el mundo material; artista de fantasía poderosísima y de intenso amor á la realidad y á la vida; más fácil para la inspiración que para el raciocinio; pronta siempre á encarnar



en el espacio las ideas que cruzan por su conciencia; expansiva, como que su corazón es una lira que suena al menor beso del sentimiento; dada á verter la esencia de su alma, no en abstracciones vagas é indecisas sino en grandes empresas y en obras, que maravillan y suspenden los sentidos; guerrera, que ha abrevado la tierra con su sangre; navegante audaz, que ha descubierto los secretos que Dios ocultaba en el inmenso manto de los mares; raza humanitaria, como que ha dado á todas sus ideas principales, al derecho, al arte, ese gran sello de unidad, que las levanta sobre todas las obras de la historia; criada en blanda naturaleza, que ha sido parte á dar fuerza creadora á su imaginación y encantos á su vida; preparada con todas estas disposiciones, nuestra raza verá siempre en cada hecho una idea y tendrá siempre por su principal ciencia y filosofía la ciencia de la historia, entrando la primera en la ciudad de Dios de lo por venir, en la ciudad de la libertad y del derecho.

En efecto, señores, en la historia se encierra esa filosofía que ha sido de todos los tiempos de la humanidad; esa filosofía, esa ciencia práctica, que nos muestra la serie de ideas por que ha pasado el espíritu para seguir en su desarrollo y llegar á su perfeccionamiento. Cada hecho es una idea, ora positiva, ora negativa; cada época y cada nación un sistema; la historia toda de la humanidad

una ciencia acabada y completa. En las diversas escuelas filosóficas y políticas, en las varias instituciones, en las artes, en las ciencias, el espíritu observador y elevado ve las leyes de nuestra rica y vária naturaleza. Desarrollando á un mismo tiempo estas leyes, viviendo en todas las esferas de la vida, dilatándose en toda la fuerza de su sér, el espíritu humano se realiza en la historia. En los primitivos tiempos estaba encerrado en la naturaleza como en su capullo, dormido en el seno de la materia como el inocente niño en el maternal regazo, pero más tarde, el áura de la libertad lo extiende y lo dilata, y su vida se encarna en brillantes manifestaciones; entonces nace el ángel de la creación, el hombre. El hombre es la armonía viva del espíritu y la naturaleza, la unión de la idea y la materia, el lazo que liga al cielo y la tierra, y por eso su vida es vária, rica, inagotable y multiforme; y en su primer albor, reposa en la creación como el pajarillo que en su nido aletea, sin ser osado á desplegar sus vuelos; y herida luego por el amor va en pos de la familia, que es para la vida como la jugosa tierra para el árbol; y no cabiendo en la familia, porque rebosa en tan pequeño espacio, se dilata en la sociedad; y para hacer la sociedad á su imágen halla el derecho, como para hacer la naturaleza á su semejanza tiene en sus manos el cincel del trabajo; y anhelante de armonías encuentra en su sér escondida la imagina-



cion que en sus alas de oro le trae todos los átomos de la naturaleza, y en su arpada voz los cánticos de todos los séres, hasta que por fin desasosegada, inquieta, ansiosa de más luz, penetra con su razon en los eternos tipos del mundo y en las eternas leyes de la naturaleza, en el santuario de la religion y de la ciencia, y en todas estas varias ideas, en todos esos diversos grados, en la familia, en la religion, se extiende esta vida humana, que así compendia la esplendidez de la naturaleza como refleja cual mar en calma; todas las luminarias de cielo. Así, pues, señores, para continuar nuestras lecciones, debemos demostrar el estado de la familia, de la sociedad, del derecho, del trabajo, del arte, de la religion y de la ciencia en los cinco primeros siglos del Cristianismo. Es necesario presentar este cuadro frente por frente del cuadro que ofrecerá más tarde la familia cristiana.

El mundo antiguo iba á perecer, iba á ser destruido. En todas sus manifestaciones debia conocerse esta decadencia que tocaba ya en los últimos límites de la descomposicion y de la ruina. Señores, así como la sociedad se resume en el hombre, la familia se resume en la mujer. El alma de la familia es, pues, la mujer. Compañera del hombre; rosa, que embalsama todo nuestro ambiente cielo claro, sereno, que nos ilumina con su mirar y nos refrigera con el dulce rocío de sus lágrimas;

mas; vaso de bendicion que contiene la miel de los más dulces y puros sentimientos; casta musa, que inspira nuestros mágicos ensueños, nuestras más caras ilusiones; sin su hermosura, sin su amor el mundo seria como un desierto, el hombre como una fiera, pues la mujer es fortaleza en el combate, fé en la incertidumbre, consuelo en la desgracia, único sér que enjuga nuestras lágrimas y calma nuestras penas; y así su voz resuena en los oidos como regalada blanda música; su palabra serena el mar tempestuoso de nuestras pasiones; su presencia mata toda mala idea en la mente, todo avieso sentimiento en el pecho; su hermosura nos inspira ese éxtasis en que el alma se exhala del cuerpo para reposar tranquila en el seno de otra alma; como que su destino es perfumar con ideas purísimas la conciencia, hermostear con el amor á la virtud el corazon, dirigir como una estrella la voluntad al bien; ángel de paz que apareciéndose al lado de nuestra cuna cuando niños, en la mansion del dolor si enfermos, en todos los combates del hombre, y más cuando es derrotado y herido; sobre la removida tierra de nuestras sepulturas, despues de muertos; conserva y purifica bajo sus nacaradas alas el fuego de nuestras almas. (Ruidosos aplausos.) ¿Y qué es la mujer romana en tiempo de la destruccion de Roma, en tiempo del Imperio? Aquella antigua matrona, cuya majestad severa tenia algo de la majestad de



la República, cuyas costumbres eran austerísimas y sóbrias; encerrada en lo más hondo del hogar; dispuesta siempre á hilar la ruda lana para cubrir el cuerpo fatigado del guerrero, y á atizar la tosca lámpara que ardía en el ara de los dioses patrios; sujeta como á un yugo de hierro, primero á la autoridad de su padre y despues á la autoridad de su esposo; consagrada al matrimonio por una ceremonia religiosa en que intervenia el númen augusto de la antigua Roma; saliendo rara vez de su casa, y solo para asistir cubierta de tupido velo y envuelta en larga túnica, á las ceremonias religiosas, á las procesiones del Capitolio, á los funerales de los héroes republicanos; recatada en su castidad, pues su castidad interesaba, no solo á la familia, sino tambien al Estado para mejor conservar la pureza de la sangre romana; aquella mujer, querida de sus hijos, respetada de su esposo, cuando llega la hora del mundo antiguo, abandona su templo, el hogar; se aparta de la vida privada; asiste á la puerta de Capenna en carro de marfil y oro, mal envuelta en púrpura, seguida de esclavas abisinias, que renuevan el aire con sus abanicos de plumas de mil colores; va al circo á excitar al gladiador con su sonrisa, al campamento á entusiasmar á los soldados, al teatro á refrigerar con vino de Falerno la cansada garganta del farsante; abandona la antigua severidad, se acostumbra al divorcio y al concubina-

to; rompe la *conferreacion* por una ceremonia fúnebre, y la *coemption* por una nueva venta; se deja llevar de grado desde el tálamo nupcial al palacio de los Césares, para pasar desnuda en su presencia y aguijonear sus brutales instintos; baja á la ergástula á buscar en los brazos de sus esclavos nuevas sensaciones, nuevos placeres; se disgusta de la maternidad, y para no marchitar su hermosura ahoga en el vientre el fruto de sus amores, ó si tiene hijos, los entrega á sus esclavas para que los eduquen; y así corrompiendo la sociedad la apareja para la servidumbre, porque cuando los pueblos son tan viles que pierden la virtud y la conciencia de su derecho, caen faltos de esa virilidad que necesita la práctica de las libertades, rendidos por el brutal sueño de los vicios, bajo la coyunda infame y vil de los tiranos. (Prolongados aplausos.)

De la familia pasemos á la sociedad. El Imperio era toda la sociedad. El Imperio. Esta institucion continuaba siendo fiel á su idea, á su pensamiento capital. No habiendo podido los Gracos realizar la revolucion social en el senado, ni Saturnino y Druso en los comicios, ni Mario y Sertorio en los campos de batalla, una dictadura permanente iniciada por César y seguida con empeño por sus sucesores, vino á absorber la vida toda de Roma, para extender los privilegios de la ciudad al mundo; abrir el cerrado *pæmerium* á



los extranjeros ; matar la oligarquía del senado, la preponderancia de los ricos, el orgullo de los nobles; destruir la antigua familia patricia, emancipar á la mujer y al esclavo; llamar al ejército á todos los pueblos; establecer la igualdad ante el fisco de todos los hombres; hacer la justicia uniforme, la ciudad universal, el derecho humanitario; suprimir ya para siempre las antiguas fórmulas; realizar, en una palabra, una gran revolucion en el mundo; prueba cierta de que las grandes ideas que vienen á renovar la vida del mundo y el alma del hombre con un nuevo soplo de libertad, han de ser pacíficamente admitidas en las leyes, porque de lo contrario rompen, destrozan todos los obstáculos y consiguen por las revoluciones y por la fuerza las victorias que no han podido conseguir por la persuasion y por sus derechos. La idea justa, saludable de la revolucion plebeya tomó una forma asquerosa y repugnante cuando tomó la forma de dictadura omnipotente, y llegó á las consecuencias de asqueroso despotismo. Roma entregó su poder á un hombre, le hizo imágen de su libertad, cetro de su fuerza, encarnacion de su derecho, símbolo de su justicia, sombra de la misma augusta majestad del pueblo, depositario de todas sus riquezas; le ciñó la corona en que estaban engastadas todas las naciones, le dió por centro el eje mismo del mundo, le envolvió en púrpura teñida en la

sangre de todas las razas, le alzó un trono, cuya peana era la tierra, cuyo dosel era el cielo; y como nada hay tan fuera de razon y tan contra naturaleza como el despotismo y la autoridad ilimitada de un solo hombre, aquellos emperadores, al tocar la cumbre del poder, eran desgraciados ó infames, como lo prueban Tiberio, alma grande, convertido en sediento tigre; Neron', [espíritu tierno y poético, trasformado hasta el punto de matar á su madre y quemar á Roma; Calígula, loco que hace á su caballo cónsul y á la luna su amante; Caracalla, que mata á su hermano al mismo tiempo que le acaricia y que goza en ver correr la sangre de veinte mil hombres; Cómodo, encerrado en su palacio con trescientas prostitutas y otros tantos mancebos; Vitelio tendido en su cocina, gastando en comer todas las rentas del Imperio, apegado *al plato* gruñendo y devorando; Claudio, el imbécil Claudio, viendo con epiléctica risa en los labios y la estupidez en el semblante morir diez y siete mil gladiadores; Diocleciano huyendo á Nicomedia á ocultar sus remordimientos; el pio Antonino, devorado por el excepticismo; Trajano, el gran Trajano, recorriendo la tierra por ver si puede arrojar de sí el peso de la desesperacion que le consume; ejemplos vivos, eternos, de que el hombre levantado sobre los demás hombres, que aplasta bajo sus piés la libertad y el derecho, el hombre que desde su tro-



no menosprecia á la humanidad, al ceñirse una corona autocrática se ciñe una serpiente que le muerde las sienas, al tocar los límites de la omnipotencia toca los límites de la abyección y de la miseria, y al crearse un dios se convierte en miserable bestia. (Ruidosos aplausos.)

Veamos las edades del Imperio. La primera edad que se dilata desde César hasta Neron, es una edad revolucionaria. Los Césares revolucionarios, violentos, de acción, bien al revés de los Gracos que eran revolucionarios idealistas, platonicos, soñadores, rompen, destrozan todas las antiguas instituciones; la familia, por sagrada y austera; la propiedad, por inmóvil; los comicios, por tumultuarios; los cónsules, por aristócratas; los tribunos, por violentos; el senado, por tradicional é histórico; el patriciado, por egoísta; el derecho formulario y religioso, por oscuro y privilegiado; la diferencia de clases, por antigua y gastada; y así, quebrantándolo todo, destruyéndolo todo, renovándolo todo, abren paso á una nueva idea política y social, que sube majestuosamente á posesionarse del alto Capitolio, para unir á todos los hombres dispersos y celebrar el nacimiento de una nueva sociedad refundida por la revolución, por el hierro y el fuego, instrumentos de las ideas en un solo cuerpo, sobre el cual va á descender pronto el espíritu de Dios en vuelto en el soplo inmortal del Cristianismo.

La época que comprende desde la muerte de Neron hasta la ascension al trono de Trajano, es una época confusa de indecision y de duda; es un caos en que luchan contrarios y opuestos elementos; el recuerdo de lo antiguo, el temor y la esperanza en lo por venir. Apenas muere Neron, el grito de libertad llena los aires de Roma; la imagen de la República se aparece á los ojos de los nobles; unos gritan por la resurreccion de la antigua sociedad, otros por el acrecentamiento y gloria del Imperio; el senado se mueve y palpita en su sepulcro; la aristocracia quiere rasgar su negro sudario; la familia cesárea desaparece como si la hubiera devorado un abismo; el bosque de laureles de donde cortaban sus armas los dueños del mundo, es consumido por el fuego del cielo; las estatuas de Tiberio, Calígula y Claudio pierden su corona, y la de Augusto es herida en el cetro por un rayo; la tumba de Neron se levanta en el Campo de Marte, dominando á Roma, cubierta de flores; las muchedumbres más ínfimas de la Ciudad Eterna, recorren las calles pidiendo á grandes voces su hijo, su emperador, su Neron, en cuya muerte no pueden creer, porque Neron era su vida; y en medio de este desorden ora sube al Capitolio un soldado porque tiene lanzas, y que cae porque no dá juegos ni gladiadores ni comida al pueblo; ora un mancebo, porque es amigo de Neron, mancebo que deja en las gradas



del trono vida, honra y corona; ora un gloton, enviado por los ejércitos de Occidente; ora un filósofo que mandan las regiones de Oriente; ora un mónstruo, que se entretiene en matar moscas y en matar hombres; siempre la indecision, siempre la duda; enseñanza verdadera, señores, de lo calamitosas y tristes que son esas épocas en que la sociedad no tiene un principio absoluto, no abraza una idea fija, y luchando entre diversos elementos, se quebranta y se destroza, aplastando las más altas inteligencias y los más heróicos y grandes corazones bajo el peso de sus ruínas. (Aplausos.)

Pero así como la época que se extiende desde César hasta Neron es la época revolucionaria del Imperio, y la época que se extiende desde Neron hasta Trajano es la época de incertidumbre y de duda, la época que se extiende desde Trajano hasta Marco Aurelio es la época filosófica del Imperio, la época en que domina la inteligencia y la razon, en que parece próximo á cumplirse el gran sueño platónico del gobierno del mundo por los más sabios y los más virtuosos. La idea filosófica de la escuela estóica, idea eminentemente práctica, idea de organizacion social y de gobierno, se encarna en hombres como Trajano, Adriano, Antonio Pío y Marco Aurelio. La noción del derecho tan oscura antes, se esclarece y alumbrá al mundo. El antiguo derecho patricio es sustituido

por el nuevo derecho civil, que pone al hombre sobre el ciudadano. En las mismas doce tablas donde escribió el génio severo de la antigua Roma la idea del derecho, pero del derecho patrio, del derecho exclusivo, escribe con indelebles caracteres la mano de Marco Aurelio la idea del derecho universal, del derecho humanitario. La razon de Estado, esa divinidad que habia vivido devorando pueblos, es eclipsada por un principio más sublime y más humanitario, por el gran principio de justicia. El emperador no es el magistrado que levanta á Roma sobre las demás naciones de la tierra; es el padre que levanta en Roma toda la humanidad, que llama á todas las razas, que comparte su vida con todos los pueblos, que anuncia el ideal de justicia; edad feliz, en que parecia que toda la filosofía griega, todos los grandes pensamientos que han cruzado por la conciencia humana se habian encarnado en el Imperio. Marco Aurelio, educado para reinar por un esclavo, por un estóico que le enseñaba á creer más fuerte la virtud que todos los poderes de la tierra, y más justa la conciencia que todos los códigos escritos, Marco Aurelio llevaba al trono la idea filosófica de la antigüedad, el estoicismo, que era á un mismo tiempo una protesta contra las clases elevadas y egoístas, y una preparacion maravillosa para la doctrina del verdadero derecho; y así el emperador creia que las leyes civiles debian tener por



norma la eterna ley de lo justo; que el hombre debía formar con sus hermanos una gran familia; que la libertad interior, esta voz secreta y augusta, no puede ser nunca ahogada por la tiranía; que cada una de nuestras acciones, lejos de mirar al bien particular del individuo, debe mirar al bien de la humanidad, como cada una de las partes del mundo se enlaza en el universo; doctrina santa que era el presentimiento del Cristianismo; doctrina que se reflejaba en la vida de Marco Aurelio, como la vida de Marco Aurelio se reflejaba con resplandores de los hombres nunca antes vistos en el Imperio.

Pero así como la época que abraza desde César hasta Nerón es la época de las revoluciones contra la vieja sociedad, y la época que abraza desde Nerón hasta Trajano es la época de la incertidumbre en la nueva sociedad, y la época que abraza desde Trajano hasta Marco Aurelio es la época de la filosofía y de la idea y de la organización; la época que abraza desde la muerte de Marco Aurelio hasta la ascension al trono de Probo es la época de los pretorianos y de los sacerdotes y de los jurisconsultos; la época en que la fuerza de la sociedad antigua personificada en los ejércitos y la fuerza de la religion personificada en los theurgos y en los jurisconsultos luchan, predominando siempre los pretorianos; y así la iniciación de la fuerza militar se ve en Cómodo, la reacción re-

ligiosa se ve tímida en Alejandro Severo, desenfadada en Heliogábalo, el triunfo absoluto del poder militar en Maximino, la organización civil de ese mismo poder en Probo; época tremenda, cuyo recuerdo llena de angustia el corazón, de sombras la inteligencia; época en que lucha el fanatismo con la fuerza; y á cualquier lado que se inclina la victoria, ora á la teocracia mágica, ora á la fuerza bruta, se inclina siempre á la tiranía y á la barbarie.

El Imperio, como todo poder que se funda en una violación del derecho, que es al mismo tiempo una gran violación de la naturaleza humana, había menester numerosísimas huestes, inmensas legiones, poderosas en verdad para sustentarlo, pero más poderosas aun para destruirlo; porque así como el error lleva en sus lógicas consecuencias la muerte, la tiranía, que es la encarnación viva de todos los errores, encuentra su debilidad, su ruina en lo mismo que cree su fuerza; y crecido desmedidamente el ejército para sostener sus cadenas de hierro, siempre frágiles, aquella sociedad no acertaba á sostenerse en la ley de armonía que entrañan la libertad y la justicia; cuando ocupaba el trono un emperador como el bárbaro Cómodo, más ganoso de placeres que de glorias, más amigo de fiestas que de autoridad, más bien hallado en la tibia atmósfera de los serallos que entre las inclemencias de los campa-